

**Estela Fernández Nadal** (comp.). *Itinerarios socialistas en América Latina*, Alción Editora, Córdoba, Argentina, 2001, 223 páginas.

Surgido como resultado de un trabajo de investigación colectiva en el que participaron investigadores y profesionales del CONICET, y profesores, egresados y alumnos de la Universidad Nacional de Cuyo, este libro viene a echar luz sobre importantes aspectos del pensamiento socialista latinoamericano. La obra reúne una serie de artículos sobre autores inscritos en esa tradición, que desarrollan sus discursos y prácticas en distintas épocas; por tanto, resulta en conjunto una interesante guía del desarrollo del pensamiento latinoamericano desde el siglo XIX hasta nuestros días.

El primero de los cinco capítulos que articulan el libro está referido al pensamiento social de Simón Rodríguez (1771-1854), maestro del libertador Simón Bolívar y representante fundamental del llamado "socialismo utópico" en nuestras tierras. En el primer trabajo dedicado a este autor, Estela Fernández Nadal y Alejandra Ciriza desarrollan los varios aspectos del utopismo rodrigueano, orientado a la conformación de una Patria Grande, cuyos pilares fueran no sólo la libertad política conseguida a fuerza de batallas, sino también la "libertad social", entendida como crecimiento en la capacidad decisoria de los sectores oprimidos, lo que se lograría a través la educación. Para Rodríguez, el continente americano, gracias a su juventud y a su distancia respecto de caducos modelos eurocéntricos, se muestra como el terreno fértil por excelencia para desarrollar esta utopía.

En el segundo de los artículos referidos a Simón Rodríguez, Daniela Rawicz pone de manifiesto la pasión del venezolano por el ensayo, estilo de expresión dis-

cursiva propia de los pensadores que, a principios del siglo XIX, vislumbraron la problemática social e intentaron resolverla, desarrollando para ello propuestas tendientes a encontrar una identidad cultural, discursiva y política americana. Rodríguez resalta a través de sus ensayos la existencia de un nuevo sujeto histórico, al que otorga una clara presencia: las masas populares, que habían hecho su aparición al calor de las guerras de independencia, y propone su activa y necesaria participación en la utopía americana.

El capítulo II está dedicado al desarrollo intelectual de José Ingenieros (1877-1925). Marisa Muñoz y Dante Ramaglia destacan los cambios, contradicciones e inflexiones políticas del intelectual argentino, quien desarrolla su pensamiento entre 1890 y 1925. En una primera etapa de su trayectoria, Ingenieros, empapado del ideario anarquista y socialista de la época, se presenta como un cuestionador del proyecto de país propuesto por la generación del '80. Luego, durante los primeros años del siglo XX, se entusiasma con el cientificismo de moda en Europa; adopta, por ejemplo, algunas tesis del darwinismo social, que son incorporadas en su *Sociología Argentina* de 1913, y se aleja del Partido Socialista Argentino que había fundado. Serán las revoluciones rusa y mexicana, sumadas a las luchas universitarias en Latinoamérica, las que marcarán una nueva fuente de inspiración para el pensamiento de Ingenieros. Esperanzado en la factibilidad de llevar a cabo verdaderos cambios sociales, se vuelca, en la última etapa de su pensamiento, a posiciones progresistas en el campo político y social.

José Carlos Mariátegui (1894-1930) es el referente estudiado en el capítulo III. Fernanda Beigel propone enfocar el original proyecto del Amauta a la luz de una mirada que tenga en cuenta el cruce de dos influencias teóricas presentes en su pensamiento: el indigenismo y la cosmovisión marxista. A partir de esta unión, Mariátegui elabora el llamado "socialismo indo-americano", que se expresa tanto en el proyecto político emancipador (el indigenismo revolucionario) como en su programa estético, vinculado a las producciones de las vanguardias artísticas. La confluencia creativa de indigenismo y de vanguardismo desemboca en un proyecto estético-político, impulsado fundamentalmente a partir de las páginas de la revista *Amauta*, dirigida por Mariátegui.

En "Mito, razón y utopía en los escritos de Mariátegui", Daniela Rawicz y Alejandro Paredes ponen de manifiesto el falso enfrentamiento entre marxismo y mito, que fueran vinculados por el Amauta en su incesante búsqueda de una teoría marxista que rompiera con el "determinismo pasivo y rígido". La necesidad de entender el problema del indio en clave marxista lleva a Mariátegui a encontrar en los "colonizados" a los nuevos integrantes de las fuerzas revolucionarias que llevarían a cabo la definitiva liberación.

La cuarta parte de *Itinerarios* se centra en la obra del argentino-cubano Ernesto "Che" Guevara (1928-1967). Estela Fernández Nadal y Gustavo Silnik destacan sus aportes al marxismo latinoamericano, surgidos de la experiencia concreta de la revolución cubana y de la búsqueda de soluciones a los problemas que su mantenimiento y desarrollo suponían. La necesidad de un "hombre nuevo" pa-

ra la nueva sociedad que estaba surgiendo y que se encontraba *en transición* hacia el comunismo, está en el centro de los aportes del Che a la teoría marxista. Enemigo de utilizar la lógica y las herramientas del capitalismo, Guevara propone el necesario abandono de los esquemas mecanicistas y economicistas (puestos en práctica en la URSS), en favor de la planificación de la construcción de la sociedad socialista, llevada a cabo por y para hombres libres del dominio de la mercancía y de la ley del valor; esto es, hombres conscientes y creativos que dejan de lado los viejos ropajes del dogmatismo, característicos de cierta vulgata marxista.

El internacionalismo del Che también tiene un lugar en este capítulo, en un artículo a cargo de Daniela Rawicz y Susana Cuello. A partir de sus viajes iniciáticos por América Latina, que lo ayudan a conocer distintas experiencias políticas (México, Guatemala, etc.) y diversas personalidades, el Che forjará, como buen comunista, un internacionalismo militante, que sostendrá su posterior lucha política y armada en distintos frentes; pero que, además, lo llevará a exigir el compromiso solidario de los países del bloque socialista.

De esta manera, humanismo e internacionalismo son categorías reformuladas por el Che, desde la experiencia palpable de la Revolución Cubana, y constituyen su aporte fundamental al desarrollo del marxismo latinoamericano.

El último capítulo aborda íntegramente el estudio de autores contemporáneos (Agustín Cueva, Franz Hinkelammert y Arturo Roig) y la recepción del marxismo en la filosofía y la teoría social latinoamericana.

Respecto del ecuatoriano Agustín Cueva (1937-1922), Fernanda Beigel señala la contribución del autor al análisis de la cultura y, en especial, su lectura de la relación estructura/superestructura en la interpretación de los textos literarios. Su crítica se dirige a las concepciones tradicionales de la literatura que la conciben como simple reflejo de la estructura, quitándole su capacidad transformadora y creadora.

El pensamiento de Hinkelammert (alemán radicado en nuestra América) es analizado por Alejandra Ciriza, quien destaca la crítica del autor tanto a las ideologías economicista y tecnocrática del socialismo soviético como a los aspectos negativos de la globalización. Para el autor, ambas posiciones promueven una deshumanización del hombre, en menor o mayor medida, y subordinan el principio de la vida al fin instrumental de lograr un desarrollo productivo disfrutable para pocos.

El riquísimo pensamiento de Arturo Roig, fuera de todo academicismo y estrechamente relacionado con el "quehacer social" y el "saber para la vida", al mismo tiempo crítico (del pasado-presente) y creativo (para un futuro mejor), es estudiado en el último segmento del libro por Estela Fernández Nadal y Marisa Muñoz. Las categorías de "crítica" y "utopía" juegan un rol central en el abordaje de la identidad latinoamericana, a partir de sus formas culturales. Así mismo, se destaca la idea de una "moral de la protesta" o "moral emergente", para explicar el movimiento de *justicia desde abajo* iniciado por las Madres de Plaza de Mayo, en su ineludible reclamo de justicia. Para Roig esta forma emergente de moralidad se inscribe dentro de la persecución de la utopía, como horizonte movilizador, y de la capacidad de negación del sujeto frente al devenir histórico. Ambos aspectos resultan fundamentales para pulverizar los argumentos posmodernistas.

Los pensadores latinoamericanos que recorren las páginas de *Itinerario* se muestran como referentes inevitables a la hora de hacer un recorrido por el desarrollo del pensamiento socialista latinoamericano: desde los utopistas hasta los contemporáneos, pasando por quienes desarrollaron sus obras en momentos en que el socialismo aparecía al alcance de la mano o quienes lo construyeron efectivamente. La particularidad del escenario latinoamericano, desde el punto de vista social, político, cultural e histórico, resalta entre las varias coincidencias que podemos encontrar en los pensadores estudiados; como así también la necesidad de creación, crítica y cuestionamiento constante del pensamiento socialista, que por su naturaleza dialéctica, no puede desarrollarse estancado en leyes, dogmas o claustros.

De este modo *Itinerarios socialistas en América Latina* —lejos de la interpretación neo-liberal hoy hegemónica, que declara al socialismo una pieza de museo— surge como una interesante herramienta a la hora de discutir y crear un proyecto para nuestra América Latina, en momentos en que la necesidad de cambios estructurales emerge con más fuerza día tras día.

Nazareno Bravo

**Francois Chesnais (comp.), Suzanne de Brunhoff, Dominique Philon, Richard Farnetti, Pierre Salama, Robert Guttmann, Claude Serfati.** *La mundialización financiera. Génesis, costo y desafíos*, Editorial Losada, Buenos Aires, Agosto 2001, 346 páginas.

La lectura de este libro compilado por Francois Chesnais, ex economista principal de la OCDE y Profesor de la Universidad de Paris XIII-Villetaneuse es de gran utilidad para todos aquellos que quieran profundizar en el estudio de la evolución de la economía mundial de las últimas tres décadas.

Los distintos capítulos de la obra describen la génesis y las etapas de la globalización financiera, y analizan las razones y consecuencias de los cambios en el sistema monetario, financiero y cambiario mundial, presentando una imagen vívida mediante ejemplos particulares y cifras estadísticas.

A lo largo de la obra, los autores, que parten de un enfoque teórico regulacionista, logran relacionar en sus análisis la evolución de la esfera financiera y la marcha de la economía real en el mundo del último cuarto de siglo. Chesnais señala que la intención es “presentar hilos conductores y pistas para la reflexión sobre varios aspectos de esta mundialización financiera; la circunstancia de su génesis (...), el papel de las instituciones financieras específicas, especialmente las no bancarias, que son los actores principales de esta mundialización (...), los mecanismos que rigen la evolución del dinero en este nuevo contexto; y, sobre todo las consecuencias más importantes de la mundialización de las finanzas en el funcionamiento de la economía mundial”.

En el primer capítulo Chesnais pasa revista a las sucesivas crisis financieras de 1995 (México), 1997 (sudeste asiático) y 1998 (Rusia) y subraya la secuencia común: todas comenzaron con una devaluación de la moneda con el fin de poner fin a crónicos déficits comerciales provocados por la sobrevaluación y anclaje anterior de las monedas nacionales al dólar. El efecto del shock devaluatorio es seguido por la huida de capitales y derrumbes de los sistemas financieros de los países en crisis. Esta secuencia, que también vivimos hoy en Argentina, no es casual, "esto, sin embargo no constituye una economía casino"; obedece a las reglas de juego instaladas con la mundialización financiera, que establece un régimen de acumulación preponderantemente financiero.

El autor señala que la transformación del régimen de acumulación comenzó en el período que define como de "internacionalización financiera indirecta entre 1960 y 1980". Allí comienza la flexibilización del sistema cambiario y financiero mundial; los eurodólares erosionarían paulatinamente las regulaciones de las monedas y finanzas nacionales creadas en Bretton Woods al fin de la Segunda Guerra Mundial.

Chesnais ubica el inicio de la segunda etapa de "desregulación y liberalización financiera" entre 1979 y 1981, cuando los gobiernos de Reagan y Thatcher liberaron el movimiento de capitales con el extranjero y aplicaron planes monetaristas que recomendaban la financiación de los déficits públicos mediante la emisión de bonos del estado, colocados tanto en las plazas financieras locales como externas.

Conjuntamente, hacia fines de los ochenta, crecen instituciones financieras no bancarias: fondos de pensión, comunes de inversión y organismos de colocación colectiva de valores mobiliarios que crean nuevos y sofisticados instrumentos de colocación de capitales a nivel mundial. Las nuevas instituciones se convierten a fin de siglo en los entes que manejan el grueso de las transacciones de divisas, acciones y bonos en el mundo. Afirma que la mundialización no suprimió los sistemas financieros nacionales, como algunas opiniones lo presuponen, sino que agudizó una activa competencia entre los sistemas monetarios que presentan diferentes grados de integración y solidez en un orden hegemonizado por la moneda norteamericana. El nuevo orden financiero es imperfecto, carece de instituciones de supervisión y control estatal o supraestatal, su funcionamiento es resultado de la acción de grupos de operadores privados en todo el mundo. Chesnais de esta forma descarta que la mundialización financiera sea un fenómeno provocado por los adelantos en la comunicación electrónica, que a lo sumo es vista sólo como un instrumento del que se valen los operadores.

Suzzane de Brunhoff analiza en particular la evolución de los sistemas monetarios y cambiarios. Critica la concepción ortodoxa que supone que el precio relativo entre las monedas surge de la oferta y demanda del mercado. Diferencia, en ese sentido, la circulación nacional e internacional de las monedas de un país. Analiza la complejidad e imperfecciones del mercado internacional para establecer una unidad de cuenta monetaria. La variabilidad de las políticas en cada país y la complejidad de otros factores que intervienen en los precios relativos entre

distintas monedas impide establecer niveles de equilibrio definitivos en los tipos de cambio; el mercado de las monedas es por definición imperfecto e inestable.

La autora señala que el modelo acordado en Bretton Woods logró por un período estabilizar el sistema monetario internacional; combinaba una regulación monetaria internacional, basada en tipos de cambio relativamente fijos, con el respeto y fuerte control estatal de la emisión y el crédito en cada país.

Desde comienzos de la década del sesenta, las rivalidades económicas entre países y el comienzo de la especulación en el mercado del oro, reabierto en 1954 en Londres, comenzarían a crear presiones sobre la convertibilidad oro/dólar y sobre los precios relativos de las distintas monedas, proceso que culminará con el colapso del acuerdo de Bretton Woods en 1971, cuando Estados Unidos abandona la convertibilidad del dólar.

Brunhoff afirma que el resultado de las políticas monetaristas ensayadas desde 1979, que recomiendan la mínima o nula emisión, provocaron el aumento de las tasas de interés y la desregulación y liberalización financiera, limitando sustancialmente las posibilidades de políticas monetarias autónomas a fin del milenio. Critica la propuesta de creación de un nuevo sistema, el "policentrismo monetario", que podría surgir de un acuerdo entre EE.UU., Europa y Japón; afirma que se erosionaría rápidamente por la rivalidad comercial entre esa tríada. En ese sentido, expresa que la estabilización relativa de un sistema de monedas mundial en la actualidad no surgirá de acuerdos formales entre grupos de países, sino de la relación de fuerzas entre beneficiados y perjudicados por la mundialización financiera.

Robert Guttman, en el capítulo que sigue, analiza las mutaciones del capital financiero entre 1945 y la actualidad, poniendo énfasis en el estudio de la evolución del sistema monetario y financiero en los EE.UU. Su enfoque teórico parte de diferenciar el doble carácter de la moneda; como bien público (unidad de cuenta, medio de pago) y como mercancía privada (sujeta a la compra y venta).

Guttman señala que el modelo creado por Roosevelt establecía una compleja serie de regulaciones y limitaciones al accionar de los bancos, y reservaba al estado el rol de prestamista en última instancia. Esas decisiones privilegiaban el carácter de bien público de la moneda. La estabilidad monetaria y la baja de las tasas de interés eran inducidas desde el estado, y acompañaron el ciclo de Edad de oro del capitalismo entre 1945 y 1970.

Las sucesivas desregulaciones del sistema bancario norteamericano, a partir de los años sesenta, motivaron el aumento del "dinero bancario"; crecieron los préstamos otorgados por el sector privado para consumo, vivienda, estudio, etc. Los bancos fueron habilitados para crear nuevos instrumentos monetarios de corto plazo: papeles comerciales, certificados de depósitos negociables, pactos de retroventa y eurodólares, y se estableció una desregulación de las condiciones de crédito y de tasa de interés. La creación de dinero "privado" se aceleró en las últimas dos décadas del siglo XX a partir de la era electrónica; se incrementaron los medios de pago mediante los cajeros automáticos, tarjetas de crédito, redes informáticas interbancarias, cheques electrónicos, pagos de cuenta por internet, etc.

Guttman remarca que la privatización en la creación de moneda ha acentuado la inestabilidad monetaria y lanzado a los bancos a una competencia por captar depósitos que empuja las tasas de interés y aumenta el riesgo sistémico del sector bancario; esto, por ende, condiciona el conjunto de la economía.

El crecimiento del "capital ficticio" (categoría en que Marx agrupaba a los mercados de bonos del estado, de acciones y al dinero crediticio) aumenta la especulación y la "irrealidad" de la economía; en ese sentido, la proporción de las transacciones financieras aumentaron en relación a la economía real: superaban 15 a 1 al PBI en 1970 y alcanzaron una relación de 78 a 1 en 1990.

Más adelante, Dominique Plihon parte de la hipótesis de señalar que las políticas públicas tienen una responsabilidad de primer nivel en la reciente desestabilización económica mundial; subraya la importancia que en ese fenómeno tuvieron las políticas encaminadas a restringir la emisión de moneda y a financiar los elevados déficit públicos mediante endeudamiento dentro y fuera de las fronteras nacionales. Afirma que los flujos de los excedentes financieros en Europa y EE.UU., orientados en la década del setenta hacia préstamos y endeudamiento de los países en desarrollo, cambiaron de dirección a partir de la presidencia de Reagan. Desde 1979, Estados Unidos financió sus déficit públicos mediante la toma de créditos y la emisión de bonos, y comenzó a operar como una gigantesca aspiradora de inversiones en el mercado mundial, elevando durante la década del ochenta la tasa de interés a nivel internacional.

Philon expone que las políticas monetaristas también se fueron imponiendo progresivamente en los países de Europa, que en los años ochenta también entran en el "circulo vicioso" de déficit financiado con endeudamiento interno y externo, contribuyendo a un crecimiento vertiginoso de las transacciones financieras internacionales, en especial en el comercio de títulos de deuda pública. Indica que sólo en los Estados Unidos las transacciones de esos papeles alcanzan la descomunal cifra de 120.000 millones de dólares diarios en 1993.

El encarecimiento del crédito resultante, y la inestabilidad del sistema creada por la privatización del mercado financiero mundial deben ser solucionados según Guttman mediante "la coordinación internacional de las políticas económicas, la imposición y reglamentación de operaciones especulativas y el abandono del dogma monetarista".

Serfatí aborda el fenómeno de la mundialización financiera en relación con los grandes grupos industriales multinacionales, de los que estudia en particular los de origen francés. Afirma que la valorización del capital en estos grandes grupos en las últimas décadas se logró mediante una estrategia financiera global. La lógica financiera está presente en todas las decisiones de esos grupos; se busca liquidez, se arbitran rendimientos del capital entre inversiones financieras y productivas en distintas partes del mundo.

El fenómeno aparentemente contradictorio en la organización de las empresas resulta de la coexistencia de una descentralización y variación continua en la esfera de la producción con una fuerte centralización de las actividades financieras

en esos grupos. En ese sentido, se tornó imprescindible, para mantener la competitividad de las empresas francesas, el aumento de las colocaciones financieras en el sector cambiario, mercado de bonos, etc. "Entre 1982 y 1989 la proporción de inversiones productivas en la asignación de recursos de las empresas francesas, pasó del 76% al 47% y las adquisiciones de activos financieros pasaron del 2,9% al 35%".

Richard Farnetti describe en particular la importancia de los fondos de pensión y de inversión, en especial en los países anglosajones, en la mundialización financiera. El crecimiento de los fondos de pensión en EE.UU. y Gran Bretaña fue extraordinario entre 1980 y 1993 (667 mil millones de dólares y más de 3 billones respectivamente), representando en la economía norteamericana un 68 % de su PBI en la última fecha.

Los fondos de inversión (*mutual funds*) presentan un crecimiento no menos espectacular que los anteriores, y juntos explican el aumento de la especulación, volatilidad y el crecimiento del índice bursátil en las Bolsas de New York y Londres.

Las colosales masas de dinero que administran los fondos tienen preferencia por la liquidez, e invierten indistintamente en los mercados de bonos y acciones de los más diversos países del globo, convirtiéndose en los mayores actores del sistema en los años noventa.

Farnetti concluye que el modelo "rentista" resultante del capitalismo en los países anglosajones se ha diferenciado del modelo "renano" orientado a un capitalismo de inversiones productivas de mediano y largo plazo, pero afirma que la mundialización financiera tiende a disminuir las diferencias entre los modelos.

Finalmente, Pierre Salama aclara las consecuencias del proceso sobre las economías latinoamericanas: el aumento del endeudamiento en los setenta no provocó un aumento de la inversión productiva. Recuerda en ese sentido el estancamiento productivo latinoamericano en la llamada "década perdida" de los ochenta.

Señala que en los comienzos de la "financiarización perversa" de América Latina la entrada de capitales provocó sobrevaluación cambiaria y déficit en el Balance Comercial, y seguidamente impuso una serie de transformaciones para lograr (hipotéticamente) una mayor competitividad de las economías latinoamericanas, la liberalización de la economía, la reingeniería del estado y la flexibilización de las condiciones laborales.

Afirma que el continuo drenaje de divisas al exterior por pago de servicios de deuda provoca en los países de América Latina el alza de la tasa de interés y la baja de la inversión. El resultado final es una "zozobra financiera generalizada", acompañada por un retorno hacia formas arcaicas de extracción de plusvalía absoluta, combinadas con nichos de alta inversión con alta productividad relativa.

Chesnais, en el último capítulo, plantea como hipótesis que la situación actual se caracteriza por la "fragilidad sistémica de los principales sistemas financieros nacionales, por el efecto acumulado de shocks financieros y dificultades bancarias repetidas".

Asevera que el capitalismo se caracteriza en los comienzos del tercer milenio por su hipertrofia financiera; el "capital ficticio" modela decisivamente la marcha



del conjunto de la economía. Finalmente propone no resignarse frente a la tiranía de los mercados y niega que este proceso sea irreversible y tenga alguna legitimidad histórica.

En síntesis, esta publicación presenta como virtud describir y analizar el conjunto de fenómenos económicos que acompañan a la mundialización financiera. En ese sentido, propone una explicación más acabada del fenómeno que la brindada por innumerables textos dedicados al mismo tema pero que abordan sólo alguno de sus aspectos económicos u otros fenómenos asociados a la globalización.

Por la naturaleza del tema tratado, la similar orientación de los autores y por la forma de organización en capítulos individuales del libro, es inevitable no observar algunas reiteraciones en distintos capítulos, pero el inconveniente es saldado por el grado de originalidad de los temas tratados en cada uno de ellos.

Finalmente, la obra deja planteado el problema a resolver: cuál es la "salida" de este mundo tan inestable e injusto generado por la mundialización. Sabemos que esa es una cuestión de compleja solución...

José A. Pierri

**Pierluigi Ciocca y otros.** *La economía mundial en el siglo xx*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000, 166 páginas.

El libro surge a partir de un "disparador" dispuesto por Ciocca, en la forma de una síntesis de los diez temas organizados en fichas, en las que se plantean los diez aspectos económicos sobresalientes del siglo xx. Comienza señalando que "El punto de vista es el de la economía, de la economía de mercado capitalista centrada en el beneficio privado y en el trabajo mercantil asalariado."

En las primeras dos fichas destaca el crecimiento espectacular del producto bruto, de la renta individual, del stock de capital y del promedio de vida, así como los cambios sociales que se verifican en el crecimiento del sector terciario, apoyados en el incremento productivo, que se sostiene por el factor residual generado por "la tríada calidad-organización-tecnología".

La tercera ficha introduce las dos grandes crisis económicas ('29 y '70) que se produjeron durante el siglo. La del '29, que se confirma en los indicadores estadísticos, y la del '70, a la que considera una crisis "de confianza" en la gobernabilidad de la economía; ambas crisis, aclara, fueron menos dramáticas para la población que las de siglos anteriores, debido a la capacidad de ahorro y los amortiguadores sociales. Introduce también el tema de las dos grandes guerras, generadas por enfrentamientos económicos de quienes consideran las relaciones internacionales como un juego mercantilista de suma cero.

La cuarta llama la atención sobre el desafío que significó la propuesta marxista, que tuvo su implementación en el comunismo soviético y que resultó efectiva

en la industrialización, pero que fracasó al pasar de la producción extensiva a la cualitativa.

La quinta se centra en el cambio de hegemonía durante el siglo, que pasó de la pax británica al dominio de los EE.UU., y guarda reservas sobre el dudoso papel que todavía puede jugar la Unión Europea.

La sexta destaca la centralidad del estado en alianza con los sindicatos para mantener el equilibrio y obtener consenso social: en este sentido, llama al período el "siglo de Keynes". Para fin de siglo, sin embargo, el aumento del gasto público y de la presión fiscal ponen en tela de juicio la participación del estado, tal y como lo hace la superioridad del mercado mundial, que cuestiona la autonomía y la eficacia de las políticas nacionales: factores todos que desacreditan al keynesianismo entre los académicos y entre los burócratas.

La séptima señala la persistencia de las diferencias entre las zonas del globo desarrolladas y las no desarrolladas.

La octava muestra las distintas interpretaciones adoptadas como criterio para entender la relación entre el Norte y el Sur: intercambio de productos elaborados por materias primas, el Norte como ocasión de progreso que el Sur no aprovecha, e incluso las críticas al Sur por competencia desleal, al ofrecer menores costos de producción. Reseña también las políticas implementadas por el Banco Mundial como agente de los países centrales en conexión con los subdesarrollados: en la primera época, favoreciendo la industrialización; luego, reduciendo de la pobreza, y a partir de los '80 concentrándose en el fomento del equilibrio macroeconómico.

La novena reconoce que la economía de mercado agudiza las diferencias, no sólo entre los países sino también hacia su interior.

La décima es pronóstico y recomendaciones: la maquina de obtener beneficios continúa, el capitalismo se adapta y provoca cambios a su alrededor, en las empresas, en las relaciones laborales y en el estado. Plantea volver a Keynes, en relación con su propuesta original de políticas anticíclicas: el papel del estado y de las políticas económicas consistiría en mantener equilibrios que influyan en la generación de expectativas favorables al crecimiento económico. Expresa que la coordinación supranacional es imprescindible para encarar lo que considera el mayor problema internacional: el precio del dinero (tipos de interés), que supera el incremento del producto bruto de los países industriales. El desempleo y las desigualdades sociales son también parte de las tareas pendientes.

A partir de este esquema es que participan autores reconocidos: Paolo Sylos Labini, Gianni Toniolo, Immanuel Wallerstein, Marcello De Cecco, Alberto Caracciolo, Eric J. Hobsbawm, Giorgio Lunghini, Paul Bairoch, Geminello Alvi, Charles P. Kindleberger, Giangiacomo Nardozzi, Ernst Nolte y Giovanni Arrighi. Todos ellos aceptan en mayor o menor grado los temas propuestos, y por turno van destacando algunos de los aspectos, reforzando el razonamiento presentado por Ciocca o deslizando también algunas diferencias que permiten precisar conceptos, profundizar opiniones y avanzar en cuestiones que implican resignificar el pasado, interpretar el presente y atisbar el futuro. A partir de la coincidencia en el diagnóstico del siglo que termina, se presentan recomendaciones o pronósticos.

Es de destacar el tono respetuoso y considerado de todos los autores ante opiniones divergentes: de hecho, uno de los puntos más aludidos en forma crítica es la periodización propuesta por Eric J. Hobsbawm, que él mismo relativiza.

En términos generales se puede decir que todos los autores reconocen el crecimiento y los cambios sociales producidos durante el siglo, así como el factor dinámico que constituye el mercado y la función central del estado durante el siglo XX. De la misma forma, lo que llama la atención del conjunto del libro es la coincidencia en torno a la idea de un futuro incierto y de la contradicción entre el funcionamiento irrestricto del mercado y la equidad. La economía de mercado promueve el crecimiento pero agranda las desigualdades sociales generando situaciones de violencia. Como dice Lunghini el problema es político: ¿quién gobierna la maquina de obtener beneficios?.

Al finalizar el libro se tiene plena conciencia de la participación de actores, tanto en el mercado como en la economía y en la política. Todos ellos son precisados y, dada la cada vez menor autonomía de la que disponen las distintas sociedades, se hace evidente que las decisiones de unos afectan las de otros. Desigualdades (derroche y miseria), exclusión (del consumo o del mundo civil a través del desempleo), superpoblación-migración y degradación ambiental forman parte de una agenda inevitable de dificultades a resolver, que el funcionamiento del mercado no sólo no puede atender sino que tiende a multiplicar. Aunque las respuestas posibles de las sociedades sean de diferente índole, como dice Kindleberger "causas idénticas pueden producir resultados diferentes." El nivel de implicaciones mundiales requiere también el consenso y la participación de muchos de estos actores: ¿cuáles son sus identidades? Existe un nivel de negociaciones que ya está establecido: entre los grandes países, el G7 significa un espacio de coincidencia y negociación; los organismos que esos países conducen, como el FMI o el Banco Mundial, constituyen otro espacio, pero a fuerza de errores o distorsiones, y sobre todo a la luz de los resultados, sus recomendaciones son para el resto del mundo cada vez menos creíbles. Además, se ha deteriorado el instrumento que servía de transmisión entre los organismos internacionales y los diversos pueblos: el estado nacional. Este es el tema que sobrevuela el texto: De Cecco destaca la vigencia que adquirió durante el siglo la soberanía económica de los estados, y el deterioro de la misma hacia el final del período; Nolte indaga sobre la posibilidad de instrumentar un estado mundial; Wallerstein se confiesa muy pesimista, dado que considera que el capitalismo ha minado las estructuras políticas que podían resolver los problemas generados por la economía de mercado. Esta última percepción podría ser incluida en el marco señalado por Bairoch, en el sentido de que se ha vivido durante el siglo XX una aceleración de la historia. De las 31 cesuras o quiebres de la historia que señala en los últimos 10.000 años transcurridos, siete se produjeron en los últimos 100.

Ricardo Grosso

**Samir Amin.** *El capitalismo en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona, 1999, 190 páginas.

Samir Amin, de origen egipcio y formación francesa, proporciona con este libro una poderosa herramienta para intentar comprender la era de la globalización del sistema capitalista. Su análisis abarca desde Europa oriental hasta el continente africano, ocupándose especialmente de la crisis económica con argumentos políticos, con el convencimiento de que la historia no está determinada sino que tiene múltiples posibilidades abiertas, según las respuestas sociales generadas al interior de cada estado-nación. La globalización, al menos en la forma financiera que le conocemos hoy, no sería inevitable; distintos modelos de globalización son posibles al interior de cada país o región. El propósito del libro es presentar una crítica al sistema dominante, planteando la interdependencia entre distintas regiones del mundo sin negar las dificultades y desigualdades a corregir. Su objetivo es desenmascarar confusiones teóricas, como las de la economía de mercado y la economía capitalista, junto al concepto de desarrollo como consecuencia lógica y necesaria de la expansión del mercado. Advierte que el despertar de las identidades étnicas y religiosas son el resultado de la desintegración del estado-nación, dado que las clases populares, por no recibir los supuestos beneficios de la globalización, dejaron de adherir al proyecto de "estado nacional" de las clases dominantes.

Ya en el primer capítulo Amin sostiene que la Historia desde siempre se ha caracterizado por el desigual desarrollo de las regiones, pero afirma que es en la era moderna cuando apareció la "polarización" capitalista. Luego se dedica a periodizar esta "polarización" o desigual desarrollo mundial; las fases que considera son: la mercantilista (1500-1800), el modelo clásico (1800-1945), la posguerra (1945-1990) y la reciente (desde 1990). Aclara que no es una evolución hacia un nuevo orden, sino un devenir hacia el caos global, provocado por el triple fracaso del sistema capitalista: a) fracaso en la organización social y política post estado-nación; b) en las relaciones político-económicas con Asia y América latina y c) la exclusión de África. Las convulsiones se observan en todas las periferias, y la llamada globalización inexorable ha revelado su precariedad, más allá de la hegemonía de los Estados Unidos. Hegemonía frágil, por otra parte, como la globalización de las estructuras a través de las que opera.

El actual sistema mundial está caracterizado por la erosión del estado-nación como factor de reproducción y acumulación. Sin embargo, los países centrales conservan su capacidad competitiva por la posesión de cinco monopolios: el tecnológico, el financiero, de recursos naturales, los medios de comunicación y las armas nucleares. El resultado es un aumento de la distribución de los ingresos a escala mundial, que subordina las industrias de los países periféricos a la categoría de subcontratados. El desafío que Amín presenta a la globalización capitalista es una respuesta humanista ("socialismo mundial"), con formas organizativas mundiales democráticas que remodelen las relaciones económicas con miras a

disminuir la desigualdad. El autor impulsa la idea de que en el sistema mundial se constituyan agrupamientos regionales de los países periféricos dispersos, para combatir los cinco monopolios citados, empezando por cambios en los sistemas ideológicos, políticos y sociales en su dimensión nacional.

Amin es crítico de las instituciones económicas mundiales (FMI, Banco Mundial, OMC). Considera que el Banco Mundial es el complemento de las estrategias de ajuste instituidas por el FMI al dictado del grupo de los siete (G7), y de la administración de turno en los EE.UU. La tarea del Fondo Monetario sería apoyar, financiando proyectos, la penetración del capital transnacional en el Tercer Mundo, facilitando a los proveedores de equipos un mercado jugoso. El FMI —cuyo propósito original era asegurar la estabilidad monetaria en una economía mundial abierta— ahora tiene como función gestionar la deuda imponiendo ajustes estructurales, aun cuando sean perjudiciales al crecimiento económico. Mientras tanto, la liberalización de los flujos de capital y las altas tasas de interés permiten a los EE.UU. prolongar su hegemonía, cubriendo su déficit mediante préstamos concedidos por sus socios.

El autor aclara que el capitalismo no es un sistema de desarrollo y que la economía capitalista no es economía de mercado, porque no busca más que maximizar beneficios sin importarle la distribución, igualdad o competencia. Explica al capitalismo en unión inseparable con el estado, porque necesita de una autoridad que lo represente. Por eso el desempleo de los últimos 25 años es visto como una estrategia del estado capitalista para destruir los logros del movimiento obrero. Además, Amin posee una concepción no determinista de las leyes de la historia: la erosión del estado nacional es provocada por la globalización capitalista pero no es irreversible, y la prueba está en las reacciones nacionales que genera esa misma globalización.

La globalización económica necesita de la construcción de un sistema político mundial para gestionar los compromisos sociales a un nivel planetario, pero hoy no existe esa posibilidad, porque la gestión política y social sigue fragmentada en espacios nacionales. La respuesta pasaría por construir un mundo policéntrico, con autonomías regionales amplias y desigualmente desarrolladas con sistemas monetarios regionales articulados entre sí. El capitalismo es más que un sistema económico, posee una dimensión social y política que implica un estado, y por eso se produce una contradicción al erosionar —con la globalización— la gestión de los Estados nacionales.

Analizando el capitalismo de la segunda posguerra, Amin considera que aplicó las siguientes estrategias: a) el estado de bienestar como respuesta de las potencias occidentales ante la amenaza del comunismo; b) el desarrollo del Tercer Mundo (aunque impuesto por los movimientos de liberación nacional). Al desintegrarse la Unión Soviética, el capitalismo aprovechó el momento para quebrar los movimientos obreros (a través del desempleo) y los movimientos de liberación nacional.

La Organización Mundial de Comercio (OMC), según Amin, se basa en un concepto equivocado: el de que el libre comercio favorece la expansión comercial, y

que ésta alienta el crecimiento. El autor afirma que, por el contrario, la expansión comercial de posguerra ha sido consecuencia y no causa del crecimiento. A pesar de las medidas de liberalización y descenso de aranceles, el crecimiento mundial cayó un 7% en los años setenta. Los derechos comerciales en favor de la propiedad intelectual son una ofensiva no en beneficio de la competencia, sino para reforzar los monopolios tecnológicos, llegando a la obscenidad de prohibir al Tercer Mundo manufacturar vitales productos farmacéuticos más baratos.

Se postula un sistema tripolar para el ciclo de la segunda posguerra: fordismo occidental, industrialización de la periferia recién independizada, y acumulación soviética similar al capitalismo. Esto habría permitido la expansión económica hasta principios de los años '70, cuando se acabó la convertibilidad del tipo de cambio fijo dólar-oro (1971), impuesto por EE.UU. para occidente en Bretton Woods (1945). Los tipos de cambio flexibles posteriores a 1971 no fueron una solución sino el reconocimiento del desorden, pero Washington no acepta reformar el sistema monetario internacional porque el dólar como moneda mundial le permite recibir flujos de capital de otras economías. Ultimamente, el colapso de la URSS le dio a EE.UU. la hegemonía militar con base en una economía global deformada pero sostenida por su propia moneda. Antes de crear instituciones monetarias regionales, Amin pone el acento en la construcción de complementariedades productivas sin posponer la formación de ligas de pueblos (árabes, latinoamericanos o del sudeste asiático) que sustituyan gradualmente a las actuales organizaciones estatales.

Al analizar el despertar de las identidades étnicas y religiosas, Amin considera que son consecuencia de la desintegración del estado-nación. Esta hipótesis le permite explicar la crisis estructural del capitalismo, que terminó con la fase expansiva y consecuentemente también terminó con la adhesión de las clases populares al proyecto de la clase dominante de construir un estado nacional. Al caer la URSS, el sistema tripolar de posguerra se demolió y todas las regiones del mundo entraron en una crisis que acabó con la búsqueda de soluciones, y hoy sólo se plantea "vivir con el problema" (desocupación, pobreza, marginalidad), o con una economía "a dos velocidades".

El estado-nación es visto como un producto histórico cuyo fundamento está en la Europa del siglo XIX; se constituyó en la columna vertebral del mundo contemporáneo. El inicio del mercado capitalista unificado supuso un desafío al estado dinástico y a los imperios. Pero —según Amin— el imperio ruso pudo sobrevivir hasta 1990 gracias a la revolución bolchevique, y actualmente los países del ex imperio se debatirían entre el capitalismo desarrollado o su "latinoamericanización" periférica. Por encima de la versión burguesa de nación preexistente o de la visión marxista del estado-nación creado por el capitalismo, Amin dice que en la historia real el estado-nación no siempre es un agente activo del desarrollo capitalista, sino que incluso puede aminorar ese desarrollo. En los países de la periferia el estado se debilita o desaparece si la base económica continúa siendo periférica, porque no puede controlar los conflictos ni el futuro de su pueblo. Sin embargo,

reconoce que la globalización es un progreso en la historia, pero que genera un mundo polarizado inhumano y explosivo porque abre las fronteras al capital y las cierra a los seres humanos. El colapso del viejo orden conlleva un desarraigo que desencadena el resurgir de los nacionalismos, el no respeto a las diferencias e incluso reacciones racistas, profundizando la contradicción entre especificidad y universalidad, bases del concepto de "nación".

Con relación al fuerte crecimiento de la economía mundial de posguerra a lo largo de treinta años, Amín considera que se debió a condiciones políticas que generaron relaciones de poder favorables al estado de Bienestar occidental y al desarrollo del Tercer Mundo. Además, la victoria de las revoluciones en la Unión Soviética y en China crearon las condiciones para que el capital aceptara (por temor al comunismo) el compromiso social-demócrata. Hoy, ante el colapso del viejo sistema, afirma que el desarrollo (como incremento del bienestar material a nivel nacional) ha desaparecido de la agenda de los gobiernos. La lógica de la liberalización de precios, salarios, flujos de capitales, tipos de cambio, privatizaciones, no sólo no logra el crecimiento económico sino que promueve el estancamiento, debido a los enormes beneficios financieros especulativos que se generan, superiores en treinta veces al volumen del comercio mundial. Esto significa menor inversión productiva y mayor crecimiento del capital financiero.

La modificación de las relaciones sociales en favor de una redistribución de los ingresos siempre se dio a partir de un choque externo a la lógica del capital (preparación para una guerra o expansión colonial). La Historia es el producto de las reacciones sociales (e incluso falsas soluciones neofascistas) a los efectos de las leyes del beneficio capitalista, y las soluciones llegan como producto de esas luchas, cuyo resultado es impredecible. La propuesta de un mundo policéntrico de interdependencia negociada entre regiones, expresa el autor, es diferente a la regionalización neoimperialista planteada en el tratado de libre comercio entre EE.UU., Canadá y México. Por otra parte, critica la propuesta keynesiana de transformar el FMI en un Banco Central Mundial por utópica, y en cambio propone un sistema monetario mundial que articule monedas regionales (incluyendo regiones del Tercer Mundo). Aunque, para que las Naciones Unidas se democratizen y estén en condiciones de poner en marcha una reforma económica de alcance mundial, es necesario que las reformas sociales se den primero al nivel de estado-nación.

Amin señala el peligro del neofascismo de Europa del Este como animador del neofascismo de Europa Occidental. Pero el caos (más allá de la marginalidad neofascista) impulsaría a los nacionalismos hacia el interior de un mismo estado, y esto retrotraería a Europa al siglo XIX, con una Alemania en expansión hacia el este (Austria, República Checa, Croacia, Hungría, Polonia, los Estados Bálticos y Ucrania). Italia, España, Bélgica, Holanda y los países escandinavos aceptarían a la "Europa alemana", pero una alianza anglo-franco-rusa contendría las ambiciones germanas.

Al analizar la supervivencia de la OTAN, se pregunta si el nuevo adversario de la alianza atlántica será el Islam o los asiáticos. La respuesta a este interrogante es

lo que explicaría la "febril" teoría sobre el "conflicto de las culturas" (el autor no es mencionado): la OTAN estaría perpetuando la hegemonía global estadounidense, anulando a su vez gran parte de la competencia económica entre Europa y EE.UU. La OTAN es, en realidad, parte indispensable de la gestión política del caos generada por la economía de gestión capitalista. La alternativa "salvadora" pasaría por la interdependencia entre grandes regiones del planeta y las potencias continentales, para favorecer el desarrollo del Tercer Mundo; si esto no se da, el neoimperialismo global se presenta como la única solución para la supervivencia de "Occidente". Eso sí, a expensas de los recursos del Tercer Mundo.

La apuesta del autor egipcio por un mundo pluralista interdependiente es la consecuencia de su crítica a la globalización unilateral del capitalismo. El debate acerca de las estrategias para alcanzar el desarrollo económico junto a nuevas relaciones sociales e internacionales sigue abierto.

Roberto Dante Flores